



Estambul, puente intercontinental de culturas



Santa Sofia -Aya Sofia-



Texto y fotos: **Carlos M. Martín**

Estambul cabalga sobre dos continentes. Un elenco impresionante de vestigios de su esplendoroso pasado nos desvelan que un ya lejano día ostentó la condición de capital mundial de la Antigüedad. La Turquía moderna de Mustafá Kemal Atatürk ha perdido aquella relevancia. Hoy se asienta sobre movedizos cimientos ideológicos que vuelven los ojos a Occidente en busca de la modernidad y el progreso económico, y lucha denodadamente por disolver un conflicto interno, de casi imposible resolución. El laicismo institucional, a quien la Constitución ha asignado el propio ejército nacional como garante, no acaba de cuajar entre una población fuertemente abrazada al Islam, cuya religiosidad resurge con vigor, invadiendo, incluso, estadios de la sociedad tradicionalmente valedores de las tesis laicistas. Desde sus instancias políticas, Estambul llama persistentemente a la puerta de Europa, mientras sus cofradías urbanas intentan afianzar la fidelidad al islamismo entre amplios sectores de la población. La llamada del almuédano resuena desde el alminar, con puntualidad exquisita, intentando sobreponerse a la algarabía y el bullicio de una ciudad palpitante.

Una mirada a la historia

Para comprender la esencia de cualquier ciudad conviene rastrear algunos vectores de su Historia. En el caso de Estambul esta conveniencia se convierte en verdadera necesidad. Sólo de este modo podrá comprenderse la asombrosa reunión en un mismo solar urbano de semejante mosaico de huellas de la Historia más esplendorosa. Para encontrar el origen del nombre primitivo de esta fascinante capital, debemos descender a tiempos nebulosos de la séptima centuria anterior a nuestra Era, cuando una tribu procedente de Megara, comandada por un monarca llamado Byzas, tomó asiento en el mágico lugar de la confluencia del Mar de Mármara, el Cuerno de Oro y el estrecho del Bósforo. El cabecilla de aquel clan ordenó la edifi-

cación de un poblado sobre el mirador donde hoy se alza el palacio Topkapı. El nuevo núcleo urbano se denominó *Byzantion* en honor a su fundador. La ciudad ocupaba un lugar privilegiado y su valor estratégico suscitó la codicia de muchos gobernantes. Los persas tomaron Bizancio un siglo después de su fundación, y ejercieron dominio sobre ella hasta que Alejandro Magno impulsa la expansión griega hacia Asia Menor. La ciudad será arrasada por los galos y posteriormente anexionada por el Imperio Romano. De la mano de Constantino experimenta un auge extraordinario, y pronto va a tomar el nombre de su benefactor. Constantinopla continúa provocando ansias de dominio, y sufre permanentes asedios e invasiones. El siglo VI trae a la ciudad, de la mano de Justiniano, su primera edad dorada. La historia de la urbe registra nuevas convulsiones en los siglos siguientes, con asedio de ejércitos árabes, búlgaros o macedónicos. Basilio I inaugura una nueva era de florecimiento y estabilidad política que durará dos siglos, hasta que la llegada de los turcos a Anatolia en el siglo XI desate vientos de cambio. Aún resta por suceder el episodio de las Cruzadas y las luchas religiosas que provocan el saqueo y destrucción de templos. El asentamiento del Imperio Otomano en 1453, bajo el mando del sultán Mehmet II, marca el inicio de un prolongado episodio de estabilidad. La capital quedó fijada en Constantinopla, y la ciudad pasa a llamarse sucesivamente *Stimpolis* y *Stimpol* hasta que se consolida definitivamente su actual denominación.

Tesoros de la antigüedad

Los vestigios más antiguos de este museo urbano de la Historia se agrupan en el antiguo Hipódromo (**), donde hallaremos, sobre un pedestal del período romano con escenas familiares del emperador Teodosio I, un obelisco traído desde el templo de Karnak, que conmemoraba en su emplazamiento en la ciudad egipcia de Luxor el triunfo de las huestes de Tutmosis III en Mesopotamia. Frente al soberbio obelisco se alza una más modesta réplica mampostada, que ha



perdido su antigua cobertura con placas de bronce. En este entorno cargado de espectacularidad se erige, también, la Columna Serpentina (**), conformada con la reproducción en bronce de los cuerpos enroscados de tres culebras, cuyas cabezas, según parece, sostenían una cadena de oro que, como consecuencia natural de la codicia humana, no ha llegado hasta nosotros. La trajo Constantino del templo de Apolo en Delfos. Del período de dominación romana quedan vestigios tan espectaculares como la Basílica Cisterna de Yerebatán (***) –que pone ante la atónita mirada del visitante un bosque pétreo, de más de 300 columnas de mármol–, el acueducto de Valente (**) o la Columna de Constantino (*) y los orígenes del prodigio arquitectónico de Santa Sofía (***) –*Hagia Sofia*: Divina sabiduría–, que ha sufrido reiteradas catástrofes motivadoras de profundas reformas estructurales. Posiblemente tenga su origen en el siglo IV. Justiniano rehízo este templo en la sexta centuria, con idea de erigir una basílica que no tuviera parangón. No es casual su consideración como una de las Maravillas del Mundo. Combina influencias bizantinas propias de la época justiniana con las ideas arquitectónicas heredadas de la tradición romana. La sensación de sobriedad que transmite la austera y reconvertida estampa externa se torna en exultante admiración cuando el visitante traspasa el nártex que antecede a la nave central, cubierta con impresionante cúpula que parece colgar, mágicamente, del cielo. La invasión latina provocó el saqueo de su revestimiento áureo, pero, al menos, el templo conservó parte de sus espléndidos mosaicos. El de Dosis –o Deesiz– pasa por ser uno de los mejores del mundo.

Sabor bizantino

La Estambul bizantina también nos sorprende y admira con un espléndido conjunto de iglesias, como las de Santa Irene –Aya Irini– (**), Pammakaristos (*), Pantokrator (*) o San Salvador en Chora –Kariye Camii– (***) cuyas paredes se revisten con alardes pictóricos y mosaicos prodigiosos.

El sello otomano

La más reciente y persistente dominación otomana ha dejado en la ciudad otra cuantiosa colección de muestras de arquitectura religiosa sobresaliente. La silueta crepuscular de Estambul –fascinante desde la Torre Gálata– no resultaría reconocible sin el laberinto de alminares que

flanquean las orondas cúpulas de las bellísimas mezquitas. Quizá las más conocidas y representativas sean las de Sultanahmet (***) –llamada también Mezquita Azul por el componente predominante de esta coloración en los finísimos azulejos que recubren sus paredes interiores– y la de Suleymaniye (**), encargada por



Panorámica de Estambul.



Interior de la Mezquita Azul. Página derecha: Mezquita de Solimán.



el sultán Soliman al arquitecto Sinán, autor de las mejores esencias del arte otomano, cuyo catálogo, en todo caso, resulta asombroso. El ambiente que transmite su espacio interior, de abovedado cielo, provoca un sobrecogimiento muy propicio para la predisposición espiritual. Su belleza decorativa y su armonía

volumétrica superan, sin duda, barreras culturales y concepciones arquitectónicas y estéticas diametralmente opuestas para fascinar al visitante.

Estambul palaciega

Es, también, Estambul ciudad enjorada por palacios. Topkapı (***) alar-

dea de ser el más exquisito museo de la riqueza y el esplendor otomanos. Encaramado sobre un cruce de brazos marinos, su simple emplazamiento constituye un privilegio incomparable. Su delicado harén, su tesoro y un conjunto inagotable de motivos de interés hacen inexcusable su visita. Dolmabahçe (**) repre-





senta el lujo elevado a su máxima expresión, y deslumbra con su extraordinaria fachada de seiscientos metros a los viajeros que navegan sobre el Bósforo. Beylerbeyi (***) es el mayor palacio del costado asiático de Estambul, y compite en lujo con cualquier otro exponente de la larga relación de espléndidas huellas que la arquitectura civil otomana ha dejado en la ciudad.

La ciudad bulliciosa

Pero, sin duda, el gran activo patrimonial de Estambul es su trepidante vitalidad. La actividad comercial destaca sobre cualquier otra en una ciudad en la que un verdadero hormiguero humano debe buscar cada día su sustento, bajo el signo de la síntesis étnica y cultural. La bulliciosa ciudad explota en agitación tanto al aire libre como en el laberinto techado del Gran Bazar (***), el mayor centro comercial del mundo que aglutina miles de establecimientos desde los que se intenta llamar la atención



Hipódromo. Basamento de la columna de Teodosio.



Fresco del monasterio de Chora.

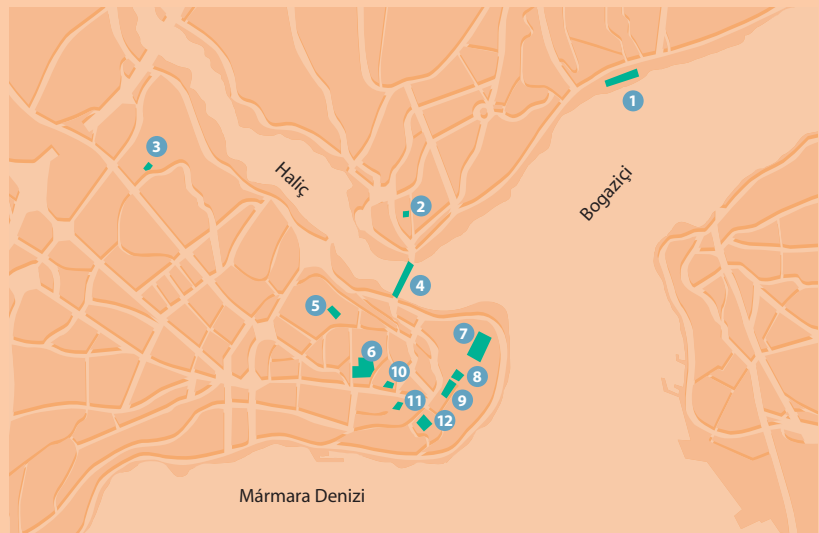


del caminante que transita sumido en alienante algarabía. Si quiere verse transportado a un mundo de extrema intensidad sensitiva y envolverse en el aura de Estambul, visite el Mercado Egipto o de las Especias. Con orden y pulcritud impecables se exhiben en los mostradores apetecibles frutos, de modo que el visitante tiene la sensación de que lo que allí se vende son los olores y colores de la ciruela, el pistacho, el dátil o el cardamomo. Una orgía de productos –quesos, pastillos coronados con nueces, una sucesión interminable de especias, desde la canela hasta el comino o el azafrán, y millares de frascos desde cuyo interior nos fascinan las más variadas coloraciones y texturas– desfilan ante nuestros ojos en una atmósfera perfumada de ámbar, sándalo o jazmín. Para captar el embrujo del sincretismo cultural hay que acudir, de buena mañana, al extremo europeo del puente Gálata, donde, entre pesadas barcazas, se agolpan pescadores de caña vigilados de cerca por pacienzudos mirones. Las mujeres, tocadas con sobrios pañuelos, compran pescado azul, que se cocina en las propias barcas para servir al viandante sabrosos bocadillos.

Temores y tensiones

La vieja Constantinopla se debate en una paradoja múltiple, a la espera del enésimo terremoto que venga a castigar sus cimientos, odiosa certeza. Hay tensión a raudales entre las fuerzas encontradas que quieren arrastrar a la ciudad hacia cada lado del puente que separa los continentes, simbólico separador de dos mundos de concepción de la vida diametralmente opuesta. Estambul es la ciudad del dualismo, de la riqueza y la pobreza, la tristeza y la alegría, en permanente crisis de identidad. Una ciudad que fascina por su belleza voluptuosa. La mojigata Estambul destapa su cara voluptuosa cuando se siente a salvo de la mirada pública. El viajero termina por amar u odiar, sin concesiones para los términos medios, a esta ciudad trasgresora, auténtico paraíso de sensualidad. ■

MUY PRÁCTICO



1. Palacio Dolmabahçe.
2. Torre Gálata.
3. San Salvador en Chora -Kariye Camii-.
4. Puente Gálata.
5. Mezquita de Solimán -Süleymaniye Camii-.
6. Gran Bazar.
7. Palacio Topkapı -Topkapı Sarayı-.
8. Santa Irene -Aya İrini-.
9. Santa Sofía -Ayasofya Camii-.
10. Basílica-Cisterna de Yerebatan -Yerebatan Saray Mzesi-.
11. Hipódromo.
12. Mezquita Azul -Sultanahmet Camii-.

► Para obtener extraordinarias panorámicas de la ciudad encáramese al mirador de la Torre Gálata. El atardecer envuelve a la ciudad en una atmósfera mágica. Estambul resultará, desde entonces, definitivamente inolvidable. Una alternativa interesante es el paseo vespertino que, con origen en el Café Pierre Loti –enclavado en el barrio de Eyüp-, desciende a la vera del Cuerno de Oro hasta el Puente Atatürk.

► La prodigiosa historia de Estambul se refleja en su Museo Arqueológico y del Antiguo Oriente. Resulta fascinante.
 ► Embarcaciones públicas de vapor recorren el Bósforo hasta el Mar Negro. Se trata de una travesía muy recomendable, no sólo por la singular perspectiva de la ciudad que brinda al pasajero sino por la posibilidad de contemplar en destino una excepcional panorámica desde el castillo genovés. Debe tenerse precaución, sobre todo en los días festivos locales, para no apurar la hora de regreso... salvo que el viajero quiera sentir una sensación emocionante, entre una turbamulta que se agolpa para abordar la última embarcación de regreso.
 ► Los turcos tienen una concepción del trato personal muy diferente a la de la

Europa más occidental. No se sorprenda si algún camarero intenta arrastrarle, asiéndole del brazo, hacia su restaurante. ¡Naturalmente, su comida es la más sabrosa y económica!
 ► El lenguaje corporal de los turcos es también diferente. Para expresar negación mueven la cabeza hacia atrás, lo que puede ser confundido con una afirmación. Se considera poco correcto señalar con el dedo.
 ► El Hotel Pera Palace fue edificado en 1892 para hospedar a los pasajeros del Oriente Expres. Se dice que Agatha Christie escribió aquí una de sus más célebres novelas. La habitación 101, que habitualmente ocupaba Mustafa Kemal Atatürk, se conserva con caracteres de pequeño museo. Merece la pena saborear su ambiente mientras se toma un café en su salón-bar.
 ► Los legendarios baños turcos continúan prestando servicios, y, fieles a la tradición, no permiten el uso conjunto por ambos sexos. Las guías de viaje recomiendan Cagaloglu, Cemberlitas y Cinili en Sultanahmet y el Galatasaray en Beyoglu. Algunos hoteles de lujo también ofrecen este servicio, pero, desde luego, sin el aliciente de la autenticidad.

Leyenda: (*) interesante, (**) muy interesante, (***) imprescindible



Puerta de la Universidad de Estambul.